estaba acorde con nuestras aficiones artísticas; pero ahora, ¡qué trabajo tan rudo, tan penoso, tan degradante, si el trabajo pudiera serlo alguna vez!

IV

Madrid, Diciembre de 1875.

¡Hoy, despues de muchos dias angustiosos, he tenido una hora feliz! ¡Quiero consignar aquí esta dulce impresion, y será en este libro como una bella y aromada flor entre un campo de espinas!

A las dos de la tarde me hallaba yo arreglando la cocina, y Juana me ayudaba: me siento mal hace algunos dias; me asaltan de cuando en cuando debilidades y desfallecimientos repentinos, y la cabeza me duele constantemente. Juana llora, me abraza, me besa, me toma sobre sus rodillas como si fuera una niña, y dice estrechándome contra su corazon:

—¡Pobre ángel mio! Es la fatiga, es el

exceso del trabajo lo que la mata... ¡Esta espantosa familia acabará con ella!

Desde que he perdido á mi madre estoy rogando á Juana que me llame de tú; porque ¿no es ella la que ocupa el sitio de la dulce madre que perdí? ¿Hay en el mundo quien me ame como esta pobre anciana?

Sería para mí un consuelo el oir que me llamaba con el confiado *tú*, tan simpático á mi corazon; pero ella, que lo empleaba con mi madre, á la que alimentó en su seno, se resiste á usarlo conmigo y me habla en impersonal.

Pero volvamos á mi narracion.

Me hallaba en la cocina cuando Teresa vino corriendo y me dijo:

—Ven á la sala. Mamá te llama, porque está allí una señora que te busca.

—¿A mí?

—A tí, sí; ha preguntado por la señorita Elisa Cisneros... ¿no es ese tu apellido?

—Sí.

—Es una señora vieja ya, con el pelo blanco, pequeñita y vestida de negro; dice

que ha llegado de fuera y que su primer cuidado ha sido buscarte; vamos—añadió la niña,—quítate pronto ese horrible delantal azul de la cocina y ven. Mamá te llama.

Me quité, en efecto, el delantal, y fuí á la alcoba que divido con Joaquina y con Teresa, y me puse una corbata de crespon negro; hecho lo cual, entré en la sala, donde en efecto, sentada al lado de mi tia, habia una señora anciana que se adelantó hácia mí y me tomó ambas manos.

—¿Es á la señorita Elisa Cisneros á quien tengo el honor de hablar?—me preguntó.

—Sí, señora—respondí, sintiendo ya en mi corazon una impresion dulce al ver que álguien se cuidaba de mí en el mundo.

—Pues bien, hija mia, ¡permítame usted que la abrace!—me dijo la señora echándome ambos brazos al cuello;—he debido á su padre de usted la vida de mi hijo, la mia, y á su madre, que era un ángel, el cuidado de una larga enfermedad; yo era viuda ya y vivia con mi hijo en una habitacion al lado de la de sus padres: tenía usted algu-

nos meses: una noche, por la imprudencia de una criada, se prendió fuego á una cortina de mi lecho, estando yo enferma y dormida; cuando desperté, solo pude lanzar algunos gemidos inarticulados; el humo me ahogaba; pero mi hijo, que me adoraba y estaba muy inquieto por mi enfermedad, velaba en un gabinete inmediato; me oyó, entró precipitadamente, y ya las llamas invadian mi alcoba; envuelta en las ropas del lecho, me tomó en sus brazos y me sacó de allí; su madre de usted y su padre estaban á la puerta de su habitacion asustados y sin saber de dónde provenia el fuego; mi hijo me dejó en los brazos de Cisneros y volvió al cuarto incendiado para salvar nuesto dinero, nuestras alhajas y los papeles importantes; pero el fuego ganaba terreno... su padre de usted, querida Elisa, me depositó en un lecho en su misma casa, dijo á su esposa que cuidase de mí, y á pesar de los gritos y de las súplicas de ésta, volvió á mi habitacion...

Ya era tiempo; mi hijo, rodeado de llamas, tenía bajo el brazo un cofrecito que contenia todos nuestros valores; pero ya no podia salir: con valor heróico Cisneros se arrojó entre las llamas que rodeaban á mi desgraciado hijo, le asió por en medio del cuerpo y le dijo:

—Déme usted el cofrecito, y apóyese bien en mí.

Y con una fuerza de que no se le hubiera creído capaz, é inspirado por la caridad más ardiente, cruzó la habitacion que ardia y la sala, sobre un pavimento que le abrasaba los piés y llegó á la antesala, donde ya empezaban á llegar los bomberos y los vecinos para prestar auxilio al siniestro.

Aquí se detuvo la señora, embargada por la emocion, y yo llevé el pañuelo á los ojos, pues corrian por mis mejillas abundantes lágrimas.

—¡Su padre de usted, hija mia—prosiguió,—salia con los cabellos abrasados; su frente y sus manos se habian quemado de

un modo horrible; más ileso salió mi hijo; cuando los ví, me arrojé á los piés de su padre de usted y abracé sus rodillas... le debia la vida de mi hijo, mi propia vida y toda mi modesta fortuna!

Mi morada quedó imposible de habitar; se habian salvado algunos muebles, pero otros muchos se quemaron; sus caritativos padres pusieron su casa á mi disposicion y á la de mi hijo; y habiéndose agravado mi enfermedad con las terribles angustias morales de aquella noche, toda la pasé en la casa benéfica que nos habia acogido, cuidada por los dos, pero sobre todo por su madre de usted, que no se separaba un momento de mi lado,

Poco tiempo despues de mi restablecimiento, mi hijo terminó su carrera de Estado Mayor, y salió con una comision del servicio para Alemania: se trataba de unos estudios militares, acerca de los cuales debia escribir una Memoria y presentarla despues al Gobierno; su estancia en Berlin debia durar seis meses, y se empeñó en que

le acompañara, pues nunca se habia separado de mí.

No tengo que decir á usted, mi querida niña, que mi hijo y yo seguíamos una correspondencia frecuente y afectuosa con sus padres de usted; de repente, y al cabo de algun tiempo, vino á entristecernos la noticia de la enfermedad de su padre, y luego, por informes que mi hijo hizo tomar, supimos que habia muerto... su madre de usted, agobiada de dolor, no pensó siquiera en escribirnos.

Cuando mi hijo terminó su comision, no volvimos directamente á Madrid, sino á Barcelona, donde mi hermano mayor, padrino de mi hijo, se hallaba próximo á perder la vista; yo me quedé á su lado, y Máximo, despues de algunos dias, tuvo que venirse á Madrid; su primer cuidado fué preguntar por la señora de Cisneros, y al fin la encontró en una casa muy modesta; la pobre jóven llevaba su pobreza y su soledad noble y valerosamente, y habiendo perdido á su esposo tan pronto, que

no pudo dejarla ningun recurso, vivia con su Elisa del producto de sus lecciones de piano y de algunas piececitas de música que escribia, y que le pagaban los almacenistas á un precio regular; además bordaba para uno de los mejores comercios. En vano Máximo, por mil medios ingeniosos, trató de hacer llegar á manos de Carolina, su madre de usted, una cantidad regular. Carolina rehusó toda dádiva, todo socorro, todo pretexto, hasta el más delicado y aceptable; lo único que Máximo pudo hacer, fué dejar al despedirse, sobre la almohadita en que reposaba su infantil cabecita de usted, unos pendientes de diamantes pequeños, diciendo á su amiga:

—Carolina, mi madre me ha dado este estuchito para Elisa; desea que lleve estos pendientes en su nombre.

—¡Son los que tengo!—exclamé;—mamá me los puso, y los he llevado siempre, pues su trabajo daba lo bastante para vivir, aunque con modestia, y nunca quiso venderlos ni privarme de ellos.

—Desde la vuelta de Máximo á mi lado—continuó la señora,—comprendí que Carolina habia hecho en su alma una profunda impresion; aquella jóven de veinticuatro años, bonita, delicada, gran artista, de una virtud límpida y pura, no podia verse impunemente.

Un mes despues de hallarse en Barcelona, mi hijo escribió á Carolina su amor, y yo puse al pié de la carta una posdata rogándola que fuese la esposa de Máximo y mi hija, proporcionando así á la suya un amparo seguro. Carolina contestó dándonos gracias con ternura, pero rehusando positivamente y diciéndonos que solo queria vivir para su Elisa.

Los años pasaron; mi hijo fué destinado á la capital de Andalucía, y yo quedé al lado de mi hermano; al cumplir treinta años Máximo, se casó con una jóven que tenía algunos bienes de foruna y fijó su residencia en Cádiz; yo permanecí al lado de mi hermano, haciendo algunos viajes á ver á mi hijo; hace un mes supe por

Máximo, que jamás ha perdido de vista á su madre de usted, que ésta habia muerto, y que su hija, nuestra querida Elisa, quedaba sola en el mundo; mi hermano, que ya es de mucha edad, quedaba bien cuidado con una sobrina nuestra que acaba de llegar de las islas Baleares á Barcelona; entonces me puse en camino con el solo objeto de buscar á usted, hija mia, y despues de algunas indagaciones la he hallado; yo soy pobre, pues mi escasa fortuna la he gastado en dar carrera á mi hijo y en casar á mi hija Eulalia, que lleva á Máximo cuatro años; vivo de una modesta pension de viudedad; pero todo lo que poseo, mi querida Elisa, lo partiré con usted, y llenaré en lo posible el lugar de su buena madre.

Al llegar aquí la buena señora, mi tia la interrumpió de la manera más brusca y agresiva.

—Mi sobrina—dijo,—tiene mi casa; en ella se la ha recogido con cariño, y no la dejará hasta que la casemos como conviene.

—A lo ménos, señora—repuso la dama

con dulce cortesía, —me ha de permitir usted que hoy me la lleve á comer conmigo; me llamo Eugenia Bernaldez, viuda de Campuzano, y vivo por ahora en la calle del Príncipe, en casa de una familia amiga mia, número 42, piso segundo.

—Lo que es por hoy, Elisa me hace falta á mí—objetó Joaquina;—tiene que componerme un vestido.

—Y á mí aplancharme camisas—añadió César, que sentado nos lejos de mí, mecia las piernas con esa grosería de los muchachos ya crecidos, mal educados y que no han tenido trato ninguno.

—Y tiene tambien que barrer el cuarto de coser—añadió Teresita.

—Ya que Elisa tiene que acudir á tantas cosas hoy, habré de remitir á mañana el placer de tenerla conmigo—dijo levantándose la señora de Campuzano;—pero mañana á las once de la misma vendré yo á buscarla para que almuerce conmigo. ¿Querrá usted, hija mia?

—¡Oh, señora, con todo mi corazon!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

exclamé estrechando la mano que me tendia;—y si usted no quiere molestarse, con el permiso de mi tia, Juana me acompañará.

—¡Cómo! ¿aun vive Juana?

—Está aquí conmigo.

—¡Oh, mi señora Doña Eugenia!—exclamó apareciendo la vieja nodriza;—¿conque se acuerda usted de mí?

—¿Y cómo olvidar, mi buena Juana, á la que amaba tan tiernamente á Carolina, á la que la ayudó á cuidarme durante toda mi enfermedad? Venga usted mañana tambien á comer con Elisa.

—Lo que es las dos, es imposible,—dijo mi tia.

—No, no, señora Doña Eugenia; que vaya la niña, y yo haré los quehaceres de la casa; así descansará un dia, que bien lo necesita.

Mi buena y anciana amiga salió, abrazándome tiernamente.

¡Dios mio! ¡gracias os doy mil veces! ¡ya no estoy sola en el mundo! ¡álguien me

ama! hay en la inmensidad de la tierra quien piensa en mí con afecto y simpatía. ¡Benditos sean mis padres, que sembraron las bellas flores de la caridad para que yo recoja su sabroso fruto! Mi alma está sedienta de afectos... ¡Cómo voy á querer á esta noble y agradecida anciana! ¡Ah, no! ¡la humanidad no es mala, como dice mi tia! ¡esta señora se acuerda de las buenas acciones de mis padres!

V

Madrid, Diciembre de 1875.

A las once de la mañana estaba yo vestida, y Juana tambien; yo llevaba mi pobre vestido de indiana negra y mi mantilla de lana; Juana un vestido oscuro y el pañuelo negro, que es su único luto; ambas hemos salido para ir á casa de la señora de Campuzano, no sin que mi tia haya regañado mucho, quejándose de mi prisa por irme *á divertir*. Juana iba á contestar con acritud, pero yo la he recomendado la paciencia y el silencio.

Doña Eugenia vive en casa de una familia amiga suya, bien acomodada, y que le ha cedido una linda salita con chimenea y alcoba; este aposento, gracioso y elegante, me ha recordado el de mi madre; un pia-

no, flores frescas sobre las mesas, libros y algunos cuadros en las paredes, hablan de gustos delicados é inteligentes; parece como que se respira un perfume de decencia, de gracia y de bienestar.

Mi tierna y excelente amiga me ha recibido de una manera completamente maternal; me esperaba, y al verme, me ha abrazado con efusion, y despues ha estrechado la mano de Juana.

—Señora—ha dicho ésta,—dejo á mi niña en muy buenas manos y me voy tranquila y consolada; al menos respirará por algunos instantes lejos de esa familia que la tiene como una esclava. ¡Ah, señora! ¡piense usted de qué modo podremos libertarla de ese martirio! ¡Mi pobre Elisa va perdiendo la salud y las fuerzas bajo el peso del trabajo y de las privaciones! En fin, ¿qué más puedo decir á usted, sino que se está pasando el invierno sin abrigo y sin otro traje que el puesto?

—Elisa me dejará que yo haga lo que su madre haria si viviera—respondió Doña

Eugenia;—y en cuanto á cambiar su suerte y la de usted, mi querida Juana, lo haremos tambien con la ayuda de Dios; no se moleste usted en venir á buscarla, que yo misma la acompañaré á su casa.

Cuando Juana hubo salido, la señora de Campuzano me despojó de la mantilla, se sentó á mi lado y me tomó las manos.

—Vamos á lo más urgente, hija mia—me dijo;—y permíteme que te hable de tú, como tu madre hacía, para que tengas más confianza en mí.

—¡Oh, señora! ¡esa dulce franqueza es la mayor prueba de cariño que puede darme!—exclamé.

—Lo creo, y vamos á hablar con toda sinceridad: yo quiero sacarte de casa de tus tios.

—Eso sería inconveniente, señora, porque no tengo otros parientes.

—No importa; su parentesco contigo es muy lejano; y además, yo tengo mis proyectos... Escúchame bien: si te trajera á mi lado, sería quizá dar pábulo á la críti-

ca, porque yo no puedo tampoco hacer nada por tí, dada mi modestísima posicion; pero lo que yo quiero hacer es buscarte una colocacion que te dé los medios de subsistir decorosamente, no á mi lado, que soy una extraña para tí, aunque te quiera con todo mi corazon; no en la casa de tus tios, donde te tratan con inhumanidad, no; lo que yo he de buscar para tí es una colocacion en una casa opulenta, en cuya colocacion éntre hospedaje, alimento y una retribucion regular; ¿no quisieras tú eso?

—Yo quiero lo que usted quiera—le respondí, besando con gratitud su mano.

—Esa gente, hija mia—prosiguió Doña Eugenia,—es casi extraña para tí; nunca te ha conocido ni amado; te ha llevado á su casa para explotarte, para hacerte trabajar sobre tus fuerzas en las haciendas más duras y más groseras de la casa; es, pues, cuestion de dignidad en tí el sustraerte á tan odiosa tiranía y el conservarte en el rango que tenian tus padres, en el rango en que has nacido; créeme, porque

mi conciencia es bastante estrecha, y nunca te aconsejaré una ingratitud ni una indignidad; antes por el contrario, si la familia que te hospeda ahora tuviera algun apuro grave, te diria que la ayudaras en la medida de tus fuerzas; pero de esto á constituirte en víctima suya, hay un abismo que la desgracia y el aislamiento te han obligado á franquear; felizmente yo te he encontrado, y ya no estás sola; poniendo en juego mis relaciones, yo hallaré para tí una plaza de aya en una casa digna y honrada; yo, hija mia, no te diré jamás que no trabajes, sino todo lo contrario; el trabajo honra y enaltece, el trabajo es el reposo, es la satisfaccion de sí mismo, es el más fiel amigo, es muchas veces el orígen de la fortuna; para tu juventud y tu belleza será un noble defensor. ¿Me crees, mi amada Elisa? ¿quieres dejar tu suerte en mis manos?

—¡Oh, señora! ¡oh bienhechora mia!—exclamé arrojándome en sus brazos;—¡yo confío á usted mi destino como se lo con-

fiaria á mi madre! Pero ¿y Juana? Yo no puedo abandonarla... es un legado de mi madre...

—El abandonar á esa pobre anciana sería una inhumanidad imposible para toda alma buena; lejos de eso, debes tener la satisfaccion de que te lo deba todo á tí; pero ya hablaremos de eso; almorzaremos, que despues hemos de salir á dar un paseo.

Yo miré con rubor mi pobre traje; mi respetable amiga me comprendió, se sonrió, y volvió á abrazarme con ternura.

Despues de almorzar las dos solas, salimos á visitar algunas tiendas; la señora de Campuzano ha elegido un corte de merino negro para mí; un elegante paletot de paño y un traje completo de lana para Juana, inclusa mantilla, y ha mandado que lo lleven todo á su casa: despues me ha llevado á la de una excelente modista de sombreros, y ha elegido para mí uno de luto, muy sencillo, pero muy bonito y de una forma modesta: ¡yo no sé de qué modo agradecer á esta generosa dama

tantos beneficios! ¡Dios, que es el padre de los huérfanos, el soberano compensador de todas las buenas acciones, pagará mi deuda!...

Al volver á casa, hemos comido las dos solas, y luego hemos conversado un largo rato.

¡Qué encanto hay en esta señora; qué trato tan dulce; qué atrayente naturaleza la suya! ¡La bondad y la inteligencia son irresistibles en todas las edades!—Se me ha hecho el tiempo á su lado, breve como nunca; á las diez de la noche, un coche de plaza nos ha llevado á casa de mis tios; el cochero, llevando nuestras compras, me ha acompañado hasta la puerta de la habitacion; la señora de Campuzano ha vuelto á su casa en el mismo carruaje.

VI

MADRID, DICIEMBRE DE 1875.

Cuando he llegado á casa, no he visto á nadie, pues todos se hallaban acostados. Juana sola me esperaba; ha tomado una luz y me ha conducido al dormitorio que ocupo en compañía de Joaquina y de Teresita.

Mi lecho es el más malo de los tres; y esto que digo, bien sabe Dios que no encierra una queja: tal como es, yo agradezco á mis tios con toda mi alma este humilde lecho; pero apenas descanso en él despues de las fatigas de todo el dia.

Mi prima se despertó y se volvió hácia la pared con muy mal humor.

—No era bastante para tí—me dijo—el haber pasado todo el dia divirtiéndote, que

ahora vienes á quitarnos el sueño; hazme el favor de apagar cuanto antes la luz.

Nada he podido hablar con Juana acerca de lo sucedido hoy y del vestido que la traigo. ¡Dios mio, qué desgracia tan grande es la pobreza! ¡Hasta la paz moral se compra por medio de un poco de oro!

Sin embargo, yo no quiero otro dinero que el que pueda ganar con mi trabajo, y aceptaré la mayor pobreza, y hasta la más grande miseria, antes que mejorar mi suerte por ningun medio que sea contrario á la paz de mi conciencia. Recuerdo la calma celeste de mi madre en medio de la trabajosa vida que llevaba, su constante y dulce tranquilidad, á pesar de la escasez de sus medios de fortuna.

Cuando se ha levantado mi tia, he ido á enseñarle los regalos de mi respetable amiga.

—¡Cómo! ¡un sombrero!—ha exclamado;—pues ahora va á serte del todo inútil.

—¿Y por qué, señora?—he preguntado yo.

—Porque mañana van á llegar dos huéspedes que he tomado, á los que tendrás tú que servir.

—¡Cómo! ha tomado usted dos huéspedes, tia mia!—repetí asombrada.

—Sí, dos guapos muchachos cubanos que vienen á visitar la Península. Doña Tomasa, mi amiga, tiene la casa llena de huéspedes, y me los envía á mí para que saque partido: conque ya sabes, desde mañana irás tú á la compra, porque tu tio no entiende una jota; y cuidado con lo que traes: á ver si te esmeras en la comida y en servirles con todo primor: si quieres ponerte el sombrero para ir á la plaza á buscar las provisiones, eres dueña de hacerlo; á mí poco me importa.

Y mi tia se ha echado á reir con una expresion malvada, haciendo el duo mi prima.

La indignacion ha enrojecido mi frente: esta cruel venganza por el inesperado apoyo que la Providencia me envía, esta envidia baja y cruel, de un solo dia de sol que he tenido, me han parecido de una villanía sin ejemplo.

—Señora—he dicho,—yo haré dentro de casa cuanto usted tenga á bien ordenarme; pero no haré nada para servir á esos caballeros, ni aun me verán, si puedo evitarlo: y en cuanto á ir á comprar las provisiones para la comida, debe usted pensar tambien en encargarlo á otra persona, pues yo soy para eso muy incompetente, no habiéndolo hecho nunca.

—Ahora aprenderás, y á la vez lucirás el palmito con los cubanos, que son galantes.

Ahogada por el llanto y por la indignacion, he salido de la habitacion: no, no conseguirán de mí que me humille hasta el punto de renunciar á mi decoro. Mi madre me amparará desde el cielo, y mi buena amiga, la señora de Campuzano, me dará su auxilio: si mi tia insiste, le enviaré una carta con mi fiel Juana, noticiándole lo que sucede: aunque mi tia y mi prima se encargasen por completo del servicio de esos jóvenes, la más vulgar idea de decencia y de pudor se opone á que yo habi-

te bajo tu mismo techo; á los ojos de Dios nada se oculta, y él sabe que dentro de la casa he sufrido todas las vejaciones, todas las crueldades que han querido imponerme... pero valerse de mi estancia aquí para traer bajo nuestro techo á dos personas extrañas; obligarme á servir yo misma á esos dos jóvenes; exponerme á sus galanterías atrevidas, es decir, á sus insultos; descender yo por mi voluntad, por una indigna cobardía, del sitio que mi educacion y mi dignidad me tienen asignado, del sitio que mis padres ocupaban y que me han legado... lo que es eso, jamás. ¡Todo esfuerzo es noble, si se dirige á evitar esa mengua!»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO